

No mates, no hurtas, no mientas, no prevengas, honra a tus padres, en suma, cumple la ley de Dios amándolo y sirviéndolo. —Moisés.
La fuente de la vida es la ciencia. En caso de duda, al juez supremo es la conciencia. —Maimónides.
Conócete a tí mismo. —Sócrates.
Trabaja para extirpar el mal. Embellece la tierra cubriéndola de vegetales y animales útiles. —Zoroastro.
Todos los hombres son iguales. No hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que poseen. —Buda.
Amáos los unos a los otros. Sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos. —Jesús.
La piedad no consiste en levantar el rostro hacia Levante ó Poniente. Piadoso es el que soborra a los huérfanos, a los pobres, resaca los cimientos, observa la oración, da limosna, se paciente en la adversidad, al que su tío y tío y tío a Dios elemento y misericordioso. —Makoma.

Las Dominicales

SEMANARIO LIBREPENSADOR

Órgano de la Federación Internacional de Librepensadores en España, Portugal y América.

AÑO X

PRECIOS.—Madrid: Trimestre, 2 pesetas. Idem Provincias, 2,50 idem. Extranjero: Año, 12 idem. Ultramar: Año, 3 pesetas oro. Número suelto corriente, diez céntimos de peseta. Idem idem atrasado, veinticinco idem. A los vendedores, seis reales la mano.
El pago se hará por trimestres ó años anticipados.

MADRID

Viernes 13 de Agosto de 1909.

OFICINAS.—Calle de San Mateo, 13, 2.^o
 Toda la correspondencia, sea de redacción, sea de administración, se dirigirá en esta forma:
Fernando Lozano.—Apartado 109.—Madrid.
La Redacción no devuelve los manuscritos, ni responde de los artículos firmados.

NUM. 416.

El gran problema en los Estados Unidos.

La imprudencia de un obispo americano ha puesto en los Estados Unidos, sobre el tapete, el gran problema humano que interesa, sobre todos, al mundo, porque en él radica la cuestión de la guerra y de la paz, la cuestión política, la cuestión social, todos los problemas, en suma, que agitan nuestros ánimos y obligan a una imperiosa, apremiante solución.

De la magnitud que en los Estados Unidos va tomando ese problema, da fe este nuevo artículo, cuya traducción se nos envía de allí:

«La cristiandad en el crisol».—La América se halla profundamente agitada con la noticia de que en los colegios se están enseñando doctrinas que atacan las más veneradas creencias. Los clérigos declaran que estas enseñanzas destruirán, hasta su fundamento, todo lo sagrado que guarda la humanidad. He preguntado a los presidentes y profesores de colegios qué es lo que hay de cierto sobre este particular, y su respuesta en defensa de esta nueva herejía es sorprendente: es una violenta condenación de la Iglesia, la cual, dicen, sirve de obstáculo para el desarrollo de la humanidad.

Los diez mandamientos, la Iglesia, la Biblia y el concepto que el vulgo tiene de Dios; son los puntos principalmente atacados. Muchos de estos profesores dicen que los dogmas y enseñanzas de la Iglesia deberían, no tan sólo descreditarse y repudiarse, si que también declararse peligrosos, añadiendo que este mito es la última esclavitud que impide el progreso real del hombre y de la cual hay que redimirle. En vez del hombre vivir en armonía con su creador, la Iglesia ha establecido un Zar celestial...

Los profesores Borden P. Bowne, de la Universidad de Boston; Franck Sargent Hoffman, del colegio Unión, y muchos otros, dicen que la Iglesia es la última en llegar a la posesión de la verdad de las cosas, y que ha hecho siempre esfuerzos por estrangular el pensamiento libre. Dicen que no extrañan que Comte dijera del Dios de los cristianos que «al fin tendrían que acompañarlo a la frontera, saludándole y dándole las gracias por sus servicios profesionales»...

No menos que esto es lo que ambicionan hoy los filósofos americanos. Creen que el hombre se ha ganado ya el derecho a conocer la verdad por la cual debe hacerse libre; que todas las tribulaciones, odios, guerras y crímenes que han asolado el mundo, tienen por fundamento la ignorancia, mantenida por la Iglesia, y que, desaparecida ésta, adelantaremos en armonía, longevidad y felicidad.

Motley, Draper y otros historiadores están acordes en la creencia de que la Iglesia ha llevado más gente al matadero que al salvado de él. Sus víctimas eran quemadas vivas, estranguladas ó decapitadas, no por crímenes cometidos, sino en algunos casos por haber leído las sagradas escrituras ó haber mirado malamente á tal ó cual imagen, ó también por haberse sonreído al paso de una procesión...

El derecho divino de la Iglesia corre parejas con el desacreditado derecho divino de los reyes. El arroyo de sangre que tuvo su principio en el Calvario, y que más tarde se convirtió en torrente, hemos logrado dominarlo; pero el espíritu mundanal de la Iglesia continúa impregnado con el fuego y venganza religiosos. El temor a una vida futura predomina todavía en las masas de nuestro pueblo. La idea de que la divinidad nos castiga con el sufrimiento para purificar nuestras almas, es una monstruosidad...

El presidente de la Universidad de Cornell, Dr. Jacob Gould Shurman, enseña que las Iglesias pretenden poseer la verdad final y absoluta de las cosas: estas mismas son las que predicán que la tierra está inmóvil en el cielo arriba y el infierno abajo, y las que dicen saber que el mundo fué creado en seis días, nos explican cómo apareció la primera pareja humana, cuál ha sido el origen de las diversas lenguas, el por qué el hombre trabaja y sudó, y hasta el por qué son enemigos de las serpientes las criaturas.

Se nos quiere hacer creer que en el viejo y nuevo testamento se halla anotada la verdad final, completa y absoluta de todas las causas que afectan a la vida del hombre en relación con su Dios. Que este mismo ser ha inspirado todos los oráculos que allí se citan. La Iglesia está tan cierta de sus autores, como lo estamos nosotros de los escritores de nuestros días.

La arrogancia de este dogma está precipitando su fin. La historia y la crítica han relegado la Biblia a un libro común...

La Universidad de Boston nos dice que «la ignorancia en ciertas altas clases sociales ha puesto en peligro a la humanidad, y que la misma ignorancia en ciertas otras clases bajas de la sociedad, ha sido más á menudo la causa de otro peligro».

El presidente Butler, de la Universidad de Colombia, cree al igual que el profesor Sumner, que el modo de raciocinar de la gran mayoría de los hombres es muy tonto; dicen que sus creencias son obtenidas de igual modo que obtienen sus hábitos, los cuales forman parte de su constitución heredada, de su educación y de su modo de vivir; la inmensa mayoría creemos lo que nos enseñaron. Por lo general no raciocinamos con respecto á lo que creemos, bien sea en política ó religión; empezamos por creer y después defendemos esta creencia.

El mundo cristiano se llenó de espanto hace pocos años con las lecciones que sobre los errores de Moisés daba Higgsell; y ahora tenemos que un profesor de la Universidad de Michigan hace referencias en sus lecciones á los errores de Jesús; y añade, que Roma hubiese progresado al principio de la Era cristiana con Jesús ó sin él.

El profesor Franklin H. Giddings, de la Universidad de Columbia, dice que «muchos se sorprenderán al saber que yo creo en el matrimonio; pero en lo que no creo es en que éste tenga que ser sancionado por la Iglesia. El matrimonio no es un rito religioso, sino un contrato puramente civil. Una escritura de compra-venta ó un contrato entre asociados, tienen igual valor y son tan sagrados como el matrimonio. Este no es divino, ni Dios alguno ha intervenido en él».

El profesor Bowne, de la Universidad de Boston, afirma que la sociedad está cansada de ritos y ceremonias religiosas, de los claustros y conventos, de los días festivos y lugares sagrados, y, finalmente, que los hombres están ya hartos de tanto oler á incienso.

El profesor Hoffman enseña que el juicio que asegura que Dios pactó con su raza hacer la depositaria perpetua de su voluntad, según está escrito en el antiguo Testamento; el islamita, que ve en el Corán la sola guía para alcanzar la luz y la verdad divina, y el cristiano, que basa su fe y prácticas religiosas en las enseñanzas que ha recibido del nuevo Testamento, son todos ellos la misma clase de gente. Las profesiones ortodoxas, las visitas a las Iglesias, la observancia del domingo, el hacerse el santurrón y el hablar apocado, son el producto de la preocupación, y añade que estamos entrando en una época social, en la cual las principales actividades humanas se concentrarán en procurar el modo más eficaz de mejorar este mundo, en vez de preparar al hombre para otro.

Todos los profesores convienen en que el verdadero reino del cielo en la tierra será un hecho cuando la concepción del Dios cristiano, con la resignación y temor que le acompañan, se haya desvanecido de la mente de los hombres. La vida eterna es la vida divina que se realiza en cada momento y no la que se halla dividida entre el pasado que se desvanece, el presente y el futuro desconocido. El hombre es el heredero natural de lo eterno.

(Traducción del periódico *The Cosmopolitan*.)

Como podéis ver, lectores nuestros, todas las verdades que emiten esos profesores de las grandes Universidades norteamericanas os son familiares. Vosotros sabéis perfectamente que las religiones responden á una concepción primitiva y grosera del mundo, en plena oposición con las verdades acumuladas por la ciencia positiva, que constituyen el más precioso tesoro de la Humanidad; vosotros sabéis que la Biblia, como el Corán, como todos los libros sagrados y todas las teogonías, contienen los errores más repugnantes y odiosos; vosotros sabéis que el pretendido derecho divino que se atribuyen los sacerdotes es una miserable superchería y una infame usurpación, y que, por tanto, así tiene D. Jaime el derecho de mandar sobre vosotros, como vosotros lo tenéis para mandar sobre los chinos; y que el Papa goza de la infalibilidad y de la potestad de ser rey de Roma, como vosotros conocéis la piedra filo-

sófica y cómo el primer monaguillo de la catedral de Toledo tiene el derecho divino de ser rey de Nueva York. Vosotros, con esas verdades y todas las que enuncian los sabios catedráticos de la Universidad yanquis, sabéis muchas otras más que venís leyendo y releyendo en estas columnas durante veinticinco años. Lleváis así, lleva la democracia española un cuarto de siglo de delantera al gran público de los Estados Unidos en el estudio de este grande, primordial problema.

He ahí por qué un viejo lector nuestro en los Estados Unidos, el Sr. Torres, apenas se ha suscitado la cuestión en aquella prensa, se ha apresurado á darnos cuenta de ella, y á su gran inteligencia y á su gran celo humano debemos el conocimiento inmediato de las primeras armas hechas allí en este gran combate entre la religión y la ciencia. Escucha, lector, el testimonio de expresión de la gratitud de nuestro público por el excelente servicio que le presta.

Pero ya veis cómo no os mentimos al decir y repetir que es falso que nuestro país sea el más reaccionario de la tierra. Veinticinco años lleva de delantera nuestra democracia al gran público de los Estados Unidos en el conocimiento y dominio de esta primordial cuestión!

En el anterior escrito se lee: «Todos los profesores convienen en que el verdadero reino del cielo en la tierra será un hecho cuando la concepción del Dios cristiano, con la resignación y temor que la acompañan, se hayan desvanecido en la mente de los hombres».

Pues eso es que todos los profesores, todos los sabios de los Estados Unidos «convienen», es un concepto familiar entre los librepensadores españoles. Antes que se lo dijieran los profesores yanquis, lo sabían aquí hasta rudas mujeres lugareñas, por lo cual protestaban sin cesar contra un sacerdocio que se empeña en imponerles la creencia en un cielo quimérico que hay que barrer para gozar del «verdadero cielo».

La campaña abierta por los profesores norteamericanos, tiene así para los librepensadores españoles la ventaja, no de ser una enseñanza, sino un argumento:—«Ahí lo tenéis, pueden nuestros amigos decir ya á los católicos; la Universidad entera de los Estados Unidos está con nosotros».

Claro es que ahora vendrá la conversión al anticristianismo de muchos de nuestros eruditos á la violeta, de los atenistas, de los catedráticos de Universidad, de los literatastros que emborronan nuestra prensa, los cuales, al ver escritas en inglés, sobre las columnas de las revistas extranjeras que forman su tesoro intelectual y literario, las verdades que sabían á conciencia, antes que ellos, muchas mujeres campesinas españolas, las adoptarán y ofrecerán al público como cosa propia.

Conste, conste y no se olvide jamás, que la democracia española viene siendo la mejor orientada del mundo, hasta preocuparse, con un celo ardiente, desde más de veinticinco años ha, de la obra más grande, que ahora, con ese tiempo de retraso, confiesa y declara el profesor americano á saber: de traer «el verdadero reino del cielo á la tierra», destruyendo la absurda leyenda del Dios cristiano.

¿Veis si merecía la pena que sufriríamos procesos, cárceles, ruinas y horrores por haber robado ese «fuego del cielo» para traerlo á que lo gozaran hasta los humildes campesinos españoles en la tierra?

Una nota final.—El Sr. Torres, que nos da cuenta de este gran debate que agita al pueblo norteamericano, no es un intelectual, es un comerciante; pero en su elevada conciencia ha comprendido bien que antes que comerciante es patriota y es hombre. De ahí que desde la aparición de nuestro periódico venga siendo suscriptor del mismo, y que, sin perder de vista sus

intereses comerciales, haya estado vigilante á los grandes intereses humanos. Por eso ha podido «apercibirse al punto de la trascendencia de la cuestión que agita al público y ponerse en condiciones de exportar para su país, desde los Estados Unidos, algo que vale más que la maquinaria y el algodón, y es el «verdadero cielo».

En honor del general Brito.

El humanismo y la bondad del general portugués Constantino J. Brito han rebasado la frontera portuguesa llegando hasta París, la ciudad cosmopolita.

La *Monde Humanitaire*, antigua y laureada revista que se publica en la capital de la República francesa, trae al retrato del general Brito, con su biografía, que lleva casi la mitad del número.

Es un honor bien merecido para el noble angiano, cuya vida de abnegación y de infatigable labor por elevar y dignificar la especie humana; le da justo derecho á figurar entre los Santos de la Humanidad.

Al agregar al nuestro al homenaje que le tributa la prensa francesa, nosotros nos inclinamos ante la venerable figura del general Brito, cuyo recuerdo personal, á nuestro paso por Lisboa, dejó una huella indeleble en nuestro corazón.

EN EL URUGUAY.

Espanoles que honran á su patria.

En nuestro querido colega *El Librepensamiento*, de Montevideo, encontramos estas líneas:

«En el Hospital-asilo español: La buena doctrina.—El extracto que sigue, de una nota presentada por un núcleo de protectores del Hospital-asilo al presidente de la Comisión que lo dirige, expresa con verdadera propiedad la conducta á seguir en instituciones de ese género, para respetar la libertad de conciencia y no embandarar por la coacción á los enfermos en ritos y prácticas, que posiblemente no son de su agrado ó les son indiferentes».

«Lástima que la extensión de la nota no nos permita transcribir la toda, en un periódico pequeño como éste».

Montevideo, Junio de 1909.—Señor Presidente del Hospital-asilo español.—Por la prensa y por otros conductos hemos tenido noticia de que se trata de realizar en el Hospital-asilo español una ceremonia oficial de carácter religioso.

Entre los que firmamos la presente hay hombres de diversas religiones y los hay que no profesan ninguna; pero todos guardamos el más profundo respeto por las creencias de los demás. Y como tenemos la seguridad absoluta de que en el mismo caso se encuentra la totalidad de los socios, también abrigamos la grata suposición de que no ha de haber ninguno que intente lastimar, ni menos imponer, sus creencias á los demás.

Socios del Hospital-asilo, desde su fundación, varios de los firmantes, podemos afirmar que la idea que presidió á esa fundación fué, en primer término, la de una «fraternidad» patriótica entre «todos» los españoles, ejerciendo un auxilio amplio, generoso, sin restricciones ni reservas de ningún género, aliviando el dolor del cuerpo y del espíritu con la mayor bondad, evitando cuanto pueda conturbarlo, y poniendo todo esmero en eliminar hasta la más leve sombra de molestia. Se ha pensado que existiendo en España y fuera de ella infinitos españoles adornados de las virtudes más excelsas dentro de las más diversas creencias ó descreimientos, bien podrían ejercerse esas virtudes en nuestro Hospital-asilo sin declararse privativas de una religión determinada y sin menoscabo de ninguna de ellas. Se creyó también que, habiendo sido teatro España de tan terribles, sangrientas y crueles luchas religiosas, algunas muy recientes, y que bastando cualquier detalle que las recuerde para enconar los ánimos, desencadenar los odios y renovar las luchas entre hermanos, era obra santa poner el más exquisito cuidado en no llevar al Hospital-asilo acto ni signo que pudiese perturbar en lo más mínimo la fra-

El campesino que labra, la mujer que arregla su casa, el magistrado que desempeña sus funciones, el obrero que trabaja en una obra tan santa como el monje que ora y ayuna.—Lutero.

Desde la India hasta la Francia el sol no ve más que una familia humana que aspira por las leyes del amor: iguales, todos sois hermanos.—Voltaire.

Has el bien por el bien. No emplees jamás la humanidad como un simple medio. Respétala como un fin.—Kant.

El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la Naturaleza y el Espíritu en forma de voluntad racional y por el puro bien.—Krause.

Que la verdad ostente todos sus esplendores en la tierra; que se desplomen los templos y caigan hechos polvo los tronos, y se soborren bajo el fango los adoradores del viento de oro; si se interponen en su camino. Paso, paso á la verdad divina.—El Espíritu del siglo.

terna armonía que debe reinar entre los acogidos á su seno, entre sus sostenedores y entre todos cuantos le prestan su cooperación moral, intelectual, etc. De ahí que cuando se encomendó el trazado del planio al arquitecto señor Santos, hoy fallecido, fué unánime la resolución de recomendarle que no debía existir en él signig alguno que tuviese la más mínima relación con una religión determinada. Lo mismo se le encargó respecto á cuestiones políticas, filosóficas, sociales ó de otras que pudiesen suscitar cuestiones tan innecesarias como peligrosas. Así no se ve en ninguna parte del local nada que afecte á aquellas ideas, porque se quiso que sólo primaran allí la más suprema bondad, el más sagrado respeto á todas las creencias, aun á las más erróneas, la más cariñosa fraternidad y la más tranquila ó inalterable paz.

Esto no obstante, y en consonancia con las ideas de respeto y libertad para las creencias y voluntades de todos, que profesáramos aquellos fundadores, se tuvo siempre en cuenta que cualquier enfermo asilado ó miembro del personal del Hospital-asilo que tuviera por conveniente llamar á un sacerdote de su religión y entregarse á prácticas de esa misma religión sin tratar de imponerlas á los demás, tuvieran la mayor amplitud posible para realizar sus deseos.

Debido á las circunstancias que se presentaron infinitas que podríamos agregar, tenemos la evidencia plena de que toda manifestación religiosa oficial ó patrocinada por la Junta Directiva de cualquier género que ella sea, habría de considerarse con razón ó sin ella como una intemperancia, una transgresión de principios bien definidos que resulfaría una provocación, y traerá una serie tal de protestas, de discórdias y de perturbaciones tan grandes que, con toda seguridad, pondrían en inminente peligro de muerte á nuestro querido Hospital-asilo español y lo minarían por completo. Por lo pronto podríamos afirmar que de inmediato le restaría cuantiosa suma de los recursos con que viene contando desde su fundación, detendría el crecimiento del copioso manantial que le están trayendo nuevos socios desde su inauguración, produciría un clima espantoso entre los españoles que residimos en la República Oriental, y en España misma se sentiría el eco doloroso de esta verdadera catástrofe.

Nosotros creemos, señor Presidente, que los patriotas miembros de la Junta Directiva que con tanta abnegación vienen prestando, como lo hicieron sus antecesores, su inteligencia, sus esfuerzos y sus intereses á nuestro querido Hospital-asilo, han de comprender que éste puede llenar perfectamente su altísima misión continuando como hasta ahora bajo la égida del patriotismo, de la bondad, de la tolerancia, de la fraternidad y de todas las grandes virtudes del alma española que desde el momento en que enfermos, asilados y del personal de todas clases tienen amplia libertad para llamar á su religión ó pedir (y ser obligados de la Directiva y de empleados hacer todos los esfuerzos posibles para facilitarlos) sacerdotes y auxilio de su religión, y entregarse á prácticas de la misma, no es necesario ceremonia alguna que comprenda á la totalidad de las personas ni del edificio; que, en tal concepto, no han de pretender realizar ni prestarse á que se realice bajo su administración acto alguno oficial que pueda ofender, lastimar ó molestar las creencias de los socios ó personas que se relacionen más ó menos directamente con el Hospital-asilo; y que no querrán cargar con la tremenda responsabilidad de haber sido causa de la ruina de tan noble institución. Por el contrario, abrigamos la persuasión de que, cualquiera que sean sus creencias, sabrán mantenerlas en el santuario de su conciencia, sin pretender imponerlas á los demás, conquistando así una vez más el aprecio incondicional de todos los socios.

En la certidumbre absoluta de ser atendidos, saludan con toda consideración á usted y á todos los demás miembros de la Junta Directiva.—Francisco Vázquez Cores.—Andrés Calvo.—Manuel Nieto Veiga.—Antonio Puga.—José Castro Pérez.—Daniel Moreno.—Antonio Díez.—José Estapé.—José Criado.—Francisco Hidalgo.—Antonio Aguayo. (Siguen las firmas.)

«Ahí lo tenéis, americanos todos: ese es el espíritu que anima á la España moderna. Esa es la doctrina en acción de republicanos y librepensadores españoles. Comparadlo con vuestros costumbres de sumisión de los establecimientos de caridad oficial á la Iglesia, para que

Hojeando la Historia.

(CONCLUSIÓN)

Después de una guerra de seis años, los franceses fueron arrojados, como lo habían sido en el siglo VIII, y el rey deseado volvió a España.

Día de luto y desolación fué aquel en el que el infame é ingrato discípulo del canónico Ezcoiz pisó el suelo de la Patria. De una sola palabra; aquel rey, que como hombre había sido mal hijo, ciudadano cobarde y caballero desleal, y como príncipe, rey ingrato y miserable desertor, anuló todo cuanto se había hecho en los seis años anteriores, y la nación no anuló lo único que debía haber anulado: su exaltación al trono.

Apoiándose en el clero, que por guerra abrió los ojos a la luz de las nuevas ideas, y de los hombres ya de las teorías que pudieran haber venido montadas a la grupa de los cañones franceses, organizó una persecución sistemática y cruel contra los liberales españoles.

Pero era tarde; el espíritu moderno y las tendencias filosóficas habían invadido la Península; y aunque el pueblo indolente no se diese cuenta de este movimiento intelectual, hombres grandes y de una abnegación sin límites trabajaban para él en la sombra y le preparaban mejores destinos. Organizábanse sociedades secretas y cuidaba el espíritu nuevo; pero, dolorosamente, no era entre el pueblo en donde había que ir a buscar los adeptos de la idea nueva.

El pueblo español, embrutecido bajo la influencia monacal, no pedía más que pan y toros, y dejaba ahorcar a los liberales; hasta que las nuevas ideas hicieron explosión porque ya era imposible contenerlas. Todo lo que en España pensaba y representaba algo en las letras, en las armas, en la magistratura, se sentía oprimido por una atmósfera fétida y hedionda que, llevándolos por el camino de la barbarie a un grado exagerado, nos equiparaba a los marroquíes. La nobleza española de aquella época y el pueblo, permanecieron unidos al trono por el doble lazo del servilismo y del fanatismo, entretenido por la ignorancia. Porque si se exceptúa tal cual conde de Toreno, la nobleza era ignorante en tal grado que no sabía hablar más que de toros, de caballos y de mancebías.

El rey juró la Constitución del 20 y juró destruirla tan pronto como pudiese. Los liberales no se descurdaron: decretaron la excomunión, la desamortización, la anulación de mayorazgos, la abolición de la Inquisición y otras medidas que harán siempre digno de respeto el recuerdo de aquellos insignes varones. Se organizó por primera vez una milicia ciudadana y se popularizó el gobierno cuanto era posible.

Conmovidos los otros pueblos con el esplendente fulgor de libertad que brillaba en España, preocuparon vivamente la atención de los diplomáticos y se decretó la intervención en España; y aquel malvado que perjuró a su padre lo había sido a su pueblo, abrió las puertas de la Patria al duque de Angulema, que con 100.000 franceses llegó hasta donde no habían llegado los vencedores de Wagram. El sistema constitucional fué anulado y anuladas todas sus consecuencias. El clero tonol rabioso é iracundo y la sangre liberal corrió á torrentes, desencadenando tan furiosa tempestad de persecuciones, que bastaba tener un pariente remoto liberal ó tener en su poder un libro liberal para ser perseguido, encarcelado y aun muerto por una chusma feroz y cobarde, siempre capitaneada por algún inmundo fraile que aullaba frenético por las calles: *¡Queremos caenas! ¡Muera la nación! ¡Viva el rey y la religión!*

¡Buen pueblo para tal rey! ¿Y éstos eran los españoles del Dos de Mayo? No; éstos eran los defensores del altar y el trono; eran los viles sicarios de aquella flandería estúpida, ignorante, viciosa y manchada de crímenes. Porque la historia de los conventos hiela al ánimo más bien templado, con sus horrores tenebrosos. ¡Oh, pueblo! ¡Cuántos sacrificios has de hacer hasta llegar á ser digno de los destinos que te preparaban aquellas víctimas ilustradas que se llamaron: Riego, Empeñadón, Lacy, Porlier, Chapalangarra, Pineda... y mil y mil cuyos nombres debes enseñar á tus hijos para que los guarden fácilmente en su memoria, como se guarda el nombre de los mártires!

Como si el triunfo definitivo estuviese ya asegurado al poder absoluto, el rey y el clero se entregaron á los excesos de la locura; en todas partes, frailes ignorantes

el fundador de la orden, cuando alforja al hombre pedía mendrugos de pan para los enfermos por las calles de Granada, y abriendo los brazos, dice:

—¡Pasad, hijos míos; esta casa es de los pobres; es vuestra!

La turba vaciló; el manso no les había detenido. Aquella resignación y serena actitud del director, la desarmaba.

La vacilación fué momentánea. Una voz vibradora y juvenil gritó:

—¡Adelante!

La muchedumbre irrumpió el parque; corrió bajo los tilos, se esparció por huerta y jardines, llegando al edificio en un afán embriagador de destruir y quemar.

Ya en la casa, recorrieron anchos pasillos los asaltantes, dando en unas grandes salas, Alamedas, blancas, había allí veinte camas por grupo. Allí también habíanse refugiado los asilados: niños escrofulosos, tíñosos, lisiados, Raquícticos, ciegos; niños que el abandono ó la pobreza aleja de sus humildes hogares, hallando, desde los cinco á los diez y seis años, tratamiento médico ó quirúrgico, instrucción, oficio, emancipación de las miserias del cuerpo y del espíritu. Los niños miraban asombrados...

Nuevamente apareció entre los asilados, como queriendo protegerlos con su cuerpo, fray Lorenzo González.

—¡Ya lo véis! En esta casa sólo niños enfermos habréis de encontrar. ¡Aquí se los recoge, se los cuida y se les sana!

El director habló con sincera humildad. Su elocuencia impresionó á los asaltantes, que poco á poco fueron deponiendo su actitud hurta y hostil.

—Será verdad todo eso?—exclamó uno.

—¡No!—chilló otro.—¡Adelante! Saquemos los niños y destruyámoslos la casa!

Hubo vacilaciones, protestas, discusión exaltada. Se adelantó un mocetón de brazos ciclópeos.

—¡Atrás!—gritó.—¡Sería inhumano!

Aquel gesto decidido fué la salvación. La ola brutal se deshojó en espuma de piedad, repentina. Los incendiarios, con las manos ennegrecidas en otros conventos é iglesias que ardían en el llano de Barcelona, se confundieron con los niños y se salvó el asilo, que tiene treinta años de existencia. Algunos grupos se marcharon, para volver sucesivamente. Uno de éstos tornaba con un centenar de gallinas cogidas en un convento.

—¡Tomad—dijeron al director—esto para los chiquillos! Pero para ellos, ¿eh? ¡Para que coman; para que comen!

Y como si temiesen no ser obedecidos, ellos mismos retorcián el cuello de los animalitos, entregándolos después á los asilados entre rudas caricias.

Otro grupo volvió. Traía un borriquito.

—¡Lo hemos sacado del convento de ahí enfrente! Tomad, para que los chicos se diviertan en estos jardines!

Otro grupo traía una campana, que desprendieron de la torre de pequeña iglesia.

—¡Tomad, para que jueguen los asilados!

Y la turba, fraccionada, convirtió su instinto de destrucción en un ardiente deseo de caridad.

Ayer tarde, cuando en el asilo hablé con fray Lorenzo González, me decía:

—¡Todo esto es exacto! Creí que este asilo desapareciese barrido por el huracán que tantas casas religiosas destruyó los pasados días; no por las vidas mía y de los demás religiosos abrigado temer alguno, sino por las de esos infelices niños, á quienes cura el buen corazón de cinco ó seis médicos, que trabajan gratuitamente, y la limosna de la caridad, la cual ha hecho de este albergue un asilo con todos los adelantos modernos, dentro del fin á que se destina, por designios de su santo fundador. Pero ha obrado el milagro de que lo temido como un mal sea un bien, pues desde el día del asalto abrí las puertas de par en par, y mientras el tiroteo y los incendios, á miles nos han visitado gentes que ignoraban la existencia de esta casa y los fines que cumple.

El religioso se interrumpió:

—¿A qué periódico representa usted?

—A *El Imparcial*.

—Y, ¿cómo ha llegado usted hasta estos apartados lugares y ha conocido el episodio aquí desarrollado?

—Por referencia de personas respetables que yo he querido comprobar oyéndole á usted.

—Pues la referencia es exacta. El hecho ha servido para aumentar la simpatía de que goza en estos barrios nuestra fundación. Son muchos los que quieren dejarnos niños enfermos, pero no tenemos más que 200 plazas á cargo de diez religiosos. Este local es muy grande, pero todo se necesita, si los asilados han de estar aislados convenientemente por edades y dolencias.

Tiene razón el director: se ha obrado una reacción de simpatía hacia la casa que se pretendía destruir. Elementos del pueblo, acaso, entre ellos, algunos de los asaltantes, han abierto una suscripción que, si no falla el propósito, dará un ingreso de cinco ó seis mil pesetas mensuales para el Asilo de San Juan de Dios.

Y ved aquí los contrastes y las paradojas de la vida. En este asilo, amenazado por la turba que corría hacia él ciega y despeñada en un brutal anhelo de destrucción, se producía una inicial de resurgimiento; mientras allá, á lo lejos, las llamas ensangrentaban el horizonte y las amenazas de los incendiarios se esparcían por Sarriá hasta extinguirse su eco entre los pinos del Tibidabo...

DARÍO PÉREZ.

(De *El Imparcial*.)

En Roma y el pontificado, mirados con horror por la mitad de Europa, habían dejado de ser santos para el resto de ella. Mientras que los luteranos de Frundsberg proclamaban papa á Martín Lutero bajo los muros del castillo de Sant-Angelo, los españoles aplaudían las parodias burlescas de estos hugonotes que la Inquisición hubiera quemado en Sevilla; ellos recogían con sus fatigadas manos los víctimas que se les escapaban. Más licenciosos que brutales, más groseros que malvados, los alemanes se cansaban pronto de dar tormentos; hartos de vino y de lascivios dormían como muertos en los conventos de que habían hecho sus serrallos; pero los españoles eran despiadados; habituados desde la infancia al espectáculo del dolor en las fiestas de la Inquisición, parecían gozar más en los suplicios que en el vino y en la lujuria.

¿Quién ha enseñado á los españoles á ser crueles? ¿Quién les ha habituado al espectáculo de crueldad?

Por míelos que la civilización moderna haya querido verter en ese mar de hiel y veneno vomitado por la Iglesia, exudado del cuerpo inmundo de la casta sacerdotal, no es extraño que no haya podido aún realizar totalmente su empresa dulcificadora y pacificadora.

Pero achacar al infame liberalismo y á la impiedad moderna el desenfreo y la violencia que los propios autores del saqueo de Roma y del saqueo de Cuenca, es un cinismo demasiado repugnante y demasiado odioso.

LOS BUENOS DE VILASAR

Querido Director:

Este grupo de librepensadores ha visto con el mayor gusto, por los actos celebrados allí, que en San Vicente y en Alburquerque hay verdaderos republicanos.

Al felicitar á usted por la actividad que está desplegando, le rogamos haga constar en todos los actos que realice nuestra adhesión más entusiasta, pues estamos identificados con el «programa mínimo».

Se despiden de usted sus amigos que le quiegan de todo corazón,

JOSÉ MATARÓ. JOSÉ VIVES.

San Ginés de Vilasar, 25 Julio 1909.

LA REVUELTA DE BARCELONA

En San Juan de Dios,

El milagro de la caridad.

Allá, á lo lejos, llamas sangrientas se retorcián en siniestro relampagueo. Por la carretera venía la turba: mujeres desgredadas, hombres airados, muchachotes de corta edad, todos confundidos en un ronco clamor de implacable venganza.

—¡A San Juan de Dios!

Y la turba aulló de alegría, clavando en las rojas paredes del asilo sus miradas centelleantes.

—¡A San Juan de Dios!

Seguían gritando millares de voces que esparcían sus ecos por encima de Sarriá, hasta extinguirse en los oscuros pinares del Tibidabo.

El grito de guerra estremeció la vida del asilo. Los religiosos temblaron bajo los burdos sayales. Algunos corrieron hacia las ventanas y miraron ansiosamente. Por la carretera avanzaba la turba amenazadora, chillando como clarín que impulsa á tomar la barricada:

—¡A San Juan de Dios!

—¡Vienen aquí!—exclamaron en el asilo.—

¡Qué horror!

Los religiosos corrieron de un lado á otro. Agrupáronse como para deliberar. La deliberación fué breve. El director, fray Lorenzo González, hombre de media edad, bajó los apagados ojos, exclamando:

—¡Cúmplase la voluntad del Señor!

Los religiosos cambiaron el sayal por ropa de paisano. Ya era hora, pues la muchedumbre estaba casi en la verja de entrada al parque, gritando siempre en el patear de su carrera:

—¡A San Juan de Dios!

De pronto, por el lado izquierdo, surgió un numeroso grupo de mujeres.

—¿Qué vais á hacer?—exclamaban agitando pañuelos en señal de paz, levantando los brazos en signo de protesta, poniendo sus cuerpos delante de la verja en guisa de muro infranqueable.

La turba se mostró sorprendida. Aquellas mujeres eran también gente del pueblo. ¿Cómo se oponían á sus designios? Era cosa de atropellarlas igualmente.

—¡Quemar el asilo!

—¿No véis que dentro están nuestros hijos, los enfermos, y sus guardianes los religiosos? ¡Sería infame atropellar á la caridad! ¡No entréis!

Todo fué inútil. La turba golpeaba la verja para entrar. De pronto aparece la figura resignada de fray Lorenzo González, que abre la verja y hundiendo la cabeza en el pecho, como

antes del saqueo de Roma dirigido por el duque de Borbón había habido un ensayo, dirigido, ¿por quién? Por un catalán, por Hugo de Moncada, enviado por Carlos V á castigar las insolencias del papa. ¿Y qué hizo aquel catalán realista? Oído decir á nuestro historiador:

«Los soldados de Moncada—dice Lafuente—saquearon el Vaticano, la iglesia de San Pedro, una parte del Burgo y las casas de los ministros más adictos al papa».

Pero aquello no fué más que para hacer cosa. Un pequeño aperitivo del festín que vino luego.

Esto pasaba en Septiembre de 1526. El gran asalto de Roma se dió en 6 de Mayo de 1527.

El condestable Borbón, que iba á la cabeza de 40.000 hombres, entre los cuales se contaban terribles alemanes que habían abrazado el luteranismo, á la vista de Roma arengó á sus tropas ofreciéndoles la perspectiva del botín que iban á recoger en la capital del orbe católico y diciéndoles que «la honra del emperador» estaba en sus manos. ¡En buenas manos!

Aunque Borbón murió en el asalto demostrando un gran arrojo, sus soldados, encendidos en furor, salvaron la muralla. ¿A qué gritó? ¿Al de la anarquía? No; al grito de «España é Imperio»; esto es, al grito de la España laica contra Roma teocrática.

Duñeros de Roma los asaltantes; ¿qué hicieron?

«Los templos y los conventos—dice un historiador citado por Lafuente—fueron saqueados, se robó los vasos sagrados, los ornamentos de las iglesias, etc. Todos los conventos fueron violentamente abiertos y despojados, las tumbas violadas, y se quitó al cadáver del papa Julio II un anillo de carb. Todos estos excesos fueron cometidos por españoles é italianos; los españoles se excedieron especialmente con las mujeres y con las doncellas, á la vista de sus padres y amigos.»

Lafuente dice de su parte:

«Cuarenta mil soldados sin jefe, feroces, libertinos y codiciosos; cuarenta mil bandidos recorrían desafortunadamente las calles, las plazas y los templos de la ciudad santa, robando, saqueando, violando y degollando, sin perdonar ni edad, ni sexo, ni estado, ni clase, y tratando con igual brutalidad á hombres y á mujeres, á cardenales y á sacerdotes, á nobles y á plebeyos, á ancianos y á niños, á casadas y á doncellas.»

¿De dónde había salido aquella banda de foragidos? ¿De las logias? ¿De las escuelas laicas? ¿De los clubs anarquistas? No; todos habían sido educados en la religión cristiana, ó mejor, en la religión católica, porque los mismos luteranos procedían del catolicismo y se habían educado á los pechos de la Santa religión de nuestros mayores.

¿Es que cabe imaginar hombres más perversos, más licenciosos, más crueles y sanguinarios que aquellos?

¿Y podía haber sido casualidad que se reunieran en muchedumbre tan numerosa todos ellos malos? No; esa casualidad no es verosímil, era que la masa general de los hombres de aquel tiempo era así. El horrible espectáculo de inmoralidad y de licencia que venían ofreciendo todos los hombres de Iglesia, comenzando por los papas, había arruinado la dulce religión cristiana arrojándola en total descrédito.

¿Comprendéis la necesidad de la Reforma como un regreso á las puras costumbres de los primeros tiempos evangélicos?

Oíd á otro historiador, citado también por Lafuente, narrando lo que pasó en Roma:

«Nos falta aliento—dice—para referir por menor tantos horrores... ¡Soldados ébrios de vino y de lujuria, cubierta la cabeza con una mitra, una estola en sus corazas, amontonando su botín en los templos, haciendo de los altares una mesa para sus orgías, un lecho para sus liviandades; cardenales, aun de los del partido del emperador, paseados en asnos por una soldadesca desenfreada, abofetados, torturados, obligados á comprar á precio de oro el resto de una vida que se les dejaba; conventos abandonados á la violación y al pillaje; esposas ultrajadas á presencia de sus maridos; hijas deshonradas á los ojos de sus madres! Por lo demás, estas sangrientas saturnales duraron, no tres días, sino ocho meses. Bajo la licencia, la avaricia y la crueldad, lo que dominaba era el odio contra el pontificado.»

Los escándalos dados á la cristiandad indignada desde lo alto de la cátedra de San Pedro. Las torpezas y los crímenes de Alejandro VI y de los Borgia habían dado

comprendáis cuánto os importa ponerlos en relación, cada día más íntima, con el republicanismo y el librepensamiento español, para inspiraros en la reforma que se impone en vuestros respectivos países; si habéis de constituir vuestras jóvenes sociedades de un modo digno de estos tiempos de respeto profundo á las ciencias. Estáis violando sistemáticamente, desde el poder público, los derechos más sagrados, sosteniendo clérigos en vuestros establecimientos de beneficencia; sosteniendo, sobre ello, monjas fanáticas, con lo cual infligís torturas en las conciencias de los infelices enfermos, aumentando así el más hondo dolor moral al dolor físico.

El espíritu que ha presidido á la fundación del hospital español de Montevideo: ese es el ideal. Tomad los pueblos americanos como modelo.

Os infatuáis, argentinos, de ir á la cabeza de la civilización americana, y todavía sostenéis en vuestros establecimientos de beneficencia capillas y hermanas de caridad.

No se embolece una nación con las palabras, sino con los actos, con las instituciones; y el hecho de violentar á diestro en vuestros establecimientos de beneficencia las conciencias de los enfermos, acredita que estáis aún muy lejos de haber llegado á la posesión de las conquistas elementales de la civilización moderna.

Cuando en el gobierno de los establecimientos de beneficencia coméis con un grupo de ciudadanos sabios, rectos y puros como ese de españoles que ha organizado el hospital de Montevideo, podéis enorgulleceros de haber tocado las cimas del ideal en punto á la beneficencia pública.

¡Honrar el grupo incomparable de españoles republicanos de Montevideo que así levanta por encima de todos, el espíritu de su Patria, convirtiéndola, de entre de intolerancia, en maestra de tolerancia!

Un aplauso especial al anciano venerable que tanto ha puesto en la organización de ese hospital; un aplauso al doctor Suñer y Capdevila, docto en la curación de almas y de cuerpos; doctor en medicina, doctor en republicanismo y doctor en tolerancia!

Los maestros del saqueo.

Los papas habían hecho de la Iglesia el primer poder político de la Historia, y los reyes seculares, viendo convertida la religión en arma política, acabaron por perder todo respeto á la religión.

Nada menos que ha sucedido en nuestro país, viendo á la Iglesia querer imponernos á tiros un rey absoluto y conspirar constantemente contra la libertad, empleando el púlpito todos los días como arma política para tronar contra la prensa, contra la libertad del pensamiento y contra todas las instituciones libertadoras de nuestro tiempo, aplicados los obispos á bendecir las candidaturas reaccionarias y los seminaristas formando sociedades para propagar el absolutismo y matar «la mala prensa».

¿Quién es, así, el culpable de haber traído sobre los edificios religiosos la cólera popular, sino los que han arruinado la religión cristiana, que no quería nada del César, que predicaba un reino que no es de este mundo, convirtiendo la religión católica en un poder esencialmente político, en guerra incesante contra la libertad y el derecho universal humano?

Lo que hace hoy el pueblo contra el clero y la Iglesia, es exactamente lo que hicieron antes los emperadores y los reyes contra los papas. El catolicismo emperador Carlos V envió sus soldados á castigar al soberbio papa Clemente VII que le disputaba su autoridad secular, como actualmente la democracia francesa italiana, portuguesa, española, se revuelve contra un sacerdocio, que le disputa el gobierno de la nación, declarándole guerra sin cuartel.

¿Que la democracia comete excesos en ese combate?

¿Quién es el culpable de esos excesos sino una Iglesia que ha dejado la historia sembrada de los actos de crueldad más feroces que hayan conocido los siglos?

¿No fué ayer cuando las hordas carlistas, dirigidas por curas, pegaban fuego á las iglesias, sin importarles reducir á pavesas las imágenes sagradas con tal de ver arder á los liberales refugiados en ellas, sin perdonar á las mujeres y los niños?

Vamos, vamos lo que los soldados del catolicismo emperador Carlos V, guiados por un Borbón, esto es, lo que los vasallos de Austria y Borbones, que por singular coincidencia se juntaron en aquella empresa, hicieron en la capital del orbe católico después de obligar á huir al papa, como más tarde le obligara también á huir Garibaldi.

Reproduzcamos algo de lo que sobre esto escribe en su Historia de España el muy católico D. Modesto Lafuente.

predicaban la cruzada contra los liberales y no respetaban ni el sexo ni la edad. En Valencia se oyó decir á un fraile, en el púlpito, que era un mérito á los ojos de Dios el extirpar el liberalismo, y que para para eso, se lo debía extirpar hasta en el vientre de las mujeres de los liberales, que eran judías y francmasonas. En Zamora otro fraile predicaba en la plaza pública, y viendo á un sexagenario tachado de liberal que por casualidad salió á cerrar el balcón, excitó al pueblo contra él; le arrastraron y le dieron muerte cruel, como habían hecho en Valencia, donde asesinaron á mujeres embarazadas.

Y, entretanto, se instituían tribunales de purificación y á los militares se les pasaba revista de rosarios, y la falta de estos objetos, de estas máquimas de rezar, que las llamaron los filósofos, era castigada con más rigor que una falta de disciplina; se condenó el pensamiento y se cerraron las Universidades, abriéndose, en cambio, las plazas de toros; y un pueblo soez y estúpido condenaba la funesta manía de pensar, y hubo un momento en que, á pesar de todos estos horrores, el clero sugirió al hermano más imbecil de aquel rey malvado en que tuvieron asiento los vicios más asquerosos, la idea de acusarle de liberal y sublevarse contra él.

Por fin, un día la nación respiró y el despotismo hizo alto. Fernando VII había muerto, librando á España del oprobio de su reinado, que es el más ominoso de cuantos registra nuestra historia. Los desterrados volvieron á la patria; los que habían quedado en España se abrazaban en la calle, como hermanos que se encuentran tras de larga ausencia; las madres contemplaron seguros á sus pequeñuelos; los frailes temblaron y encendieron la guerra civil para asegurar su dominación, cuya última hora comprendieron había llegado.

Para nada, influyó en esto la idea religiosa; hacía ya mucho tiempo que los conventos no producían ningún fray Luis de León, ni Tirso de Molina, ni padres Mariana, ni padres Feijóo, ni un sólo varón ilustre; tan sólo genios chocarrosos que inventaban procesos ridículos y absurdos y canciones groseramente insultantes. Y no es que hubiese disminuído el número de ellos, pues á la muerte del rey representaban estas cifras:

Conventos y monasterios de hombres, 1.051.

Idem id. de mujeres, 1.074.

Frailes y monjes, incluso los jesuitas, 89.000.

Monjas de todas clases, 34.000.

Carlos III, rey filósofo, destruyó á los jesuitas y abolió la Compañía en España, convencido de que eran enemigos del reposo y del bien público; en 1815, Fernando VII los llamó y las Cortes de 1820 volvieron á echarlos; el mismo rey los restableció y reintegró en todos sus bienes, que eran inmensos, en 1823, y la revolución y el odio popular los expulsó de nuevo en 1835. Después de la caída del Regente en 1843, aunque no existiese un derecho público de reintegración, los jesuitas, paulatinamente y gracias á las influencias con que contaban entre el clero y en el seno del partido moderado, habían ido introduciéndose hasta el extremo de tener ya otra vez conventos y colegios en Loyola, en Manresa, en Santa Coloma, en Salamanca, en Carrión, en León; y en todas las capitales de España residencias fijas, desde donde, y á la sombra de la protección que les dispensaban los gobiernos reaccionarios, iban de nuevo extendiendo su influencia, y volviendo, según su costumbre, á llenar de absurdas supercherías la religión, que para ellos no es más que un tráfico.

Ellos han fundado la Corte de María y las Flores de Mayo, reminiscencias paganas que no son más que las fiestas de Ceres y Marías; ellos han fundado las asociaciones de San Vicente de Paul, en las que el sublime principio de la caridad cristiana ha sido un veneno de riqueza, un elemento de organización inquisitorial y un medio activo de investigación constante, resorte esencial en que estos enemigos de la humanidad fundan su dominación. Ellos fundaron la Santa Infancia y las escuelas dominicales, en las que, á pretexto de enseñar y moralizar á las criadas, se las instruía, de la manera más perversa é insidiosa, en el infame arte del espionaje, haciéndolas ser ingratas con aquel cuyo pan comían.

Se habían apoderado de la instrucción pública y privada, del confesionario y del púlpito, y creyéndose ya seguros y habiendo dado ya la consigna á Roma que empezaba á tronar de nuevo, ni más ni menos que si tuviera en la pretendida silla

de San Pedro á aquel vejete iracundo que bendijo á los rusos, acuchilladores de los católicos polacos, á aquel apóstol de los anatemas contra los carbonarios que se llamó Gregorio XVI, intentaron la batalla y la perdieron. Aleccionados en su escuela debemos tomar nuestras medidas, instruyendo al pueblo para que no le ofusquen jamás las sofisticas supercherías y las hipócritas y venales intenciones de los hijos de Loyola.

La revolución de Septiembre pronunció la última palabra, y, como siempre, cuando el pueblo español ha sentido juguetejar las dulces brisas de la libertad, antes de decir: ¡viva la libertad!, ha gritado, como en 1767, como en 1820 y como en 1835, ¡abajo los jesuitas!; porque los jesuitas son enemigos de la libertad, enemigos del bien público, enemigos de la religión, enemigos de la Humanidad; porque ellos aspiran á la dominación universal, pero á dominar sobre cadáveres. Es preciso que el hombre no piense, que no discurra, que no crea, que no ame: que tema, y está les basta. Ya pensarán por él los jesuitas; ya inventarán supersticiones y terrores locos, capaces de espantar... á imbeciles y á cabezas ignorantes ó á mujeres débiles, que es el gran elemento de que se han valido para dominar en el hogar doméstico.

¡Todavía hay jesuitas en España. Vigilemos activamente y, sobre todo, inundemos de luz al pueblo, y que para ello no haya necesidad de férulas oficiales. Obligación de instruirse; que todo el que no sepa leer y escribir se vea temporalmente privado de los derechos civiles, que sea soldado sin sueldo, que no sea apto para cargos públicos, que no pueda ser administrador de sus bienes, que no pueda contraer matrimonio por entonces; en fin, que sea un estigma el no saber leer y escribir; y cuando todo el pueblo español tenga instrucción y la mujer, más atendida que lo ha sido hasta ahora, sea algo más que una máquina de hacer soldados, entonces podremos decir á los jesuitas: Podéis venir; ya no os tememos; ya no hay fanatismo en España, porque hay ilustración y hoy todos sabemos amar á Dios y á nuestro prójimo, sin mojigangas indignas ni ceremonias paganas. Ha pasado ya el reinado de la superstición y de las pompas ingeniosas y ridículas.

MUÑOZGURDIA.

ANGELA (1)

(CUENTO EN PROSA.)

Para mis queridísimos amigos Luis y Aguilár.

Las rumorosas aguas del arroyo que, semejando un escalonado sendero de plata, discurre por el pie de una montaña cimada por una encina que destaca, orgullosa, su áspere ramaje en el fondo azul del horizonte, sonríen al contacto de los postrimeros alantares del sol... Recién desunidos del arado, descienden por las montañesas faldas dos buques, arrojando por sus narizotas los humores del cansancio. El Labrador, de tirantes palmeados rubicundis, mirallos alejados un alto de la montaña, inmóvil, silencioso. Una honda ciñe su cuello; de inclinación á su corpachón oficial la cayada. Aspecto estatuaria, si no momentáneo, es á los ojos de mi cara el que ofrece el Labrador. Mirado con los ojos de mi fantasía, es bandera de prosperidad y de paz, izada en medio de un océano que tiene por faros los árboles y por buque surcador el arado. A través de la lente de mi conciencia admírole rey de la creación... Una veintena de chivos corretea por los vericuetos de las colinas, dibujando en el aire impalpables piruetas. Los balidos de las ovejas que allá lejos, en la llanura, pastor y zagala embrosquilan, repitanlos las oquedades de los cerros con sonoridades de gemires. Cerca del redil se alza un chozo á cuya puerta desperézase un mastín, como aperciéndose á la custodia de la dula... En los vanos de las montañas repercuten, lúgubres, los aullidos del lobo... El sol agonizante salpica de sanguinolentos rasgos su ocaso.

II

—¡Malvía noche te espera, Campanero!—dice la zagala golpeando cariñosas la recia carlanca al perro. Este responde á las caricias de su dueña con un ululeo todo gratitud y echándole, jovial, sus manazas sobre el pecho. El pastor contempla embebecido á la zagala. Hija suya es, y acaso y sin acaso, por su amor puede soportar la vida. Ángela—porque así se llama la zagala—es un soberbio ejemplar de hermo-

sura. Sus labios, que semejan dos pétalos amapolinos, son dibujadores de una sonrisa toda inocencia y candidez; más que para construir besos, parecen hechos para pronunciar plegarias. Tiene los ojos azules, carmíneas las mejillas y su rizosa cabellera rubia, una histórica carcajada de luz parece... El andrajoso vestido que la envuelve realza más que vela, y delata más que encubre las vigorosas curvas y redondeces morbidas de su cuerpo. Toda ella es, en fin, un llamamiento al deseo y un ruego á la posesión... Todas sus ilusiones y sus afectos todos ha mucho tiempo que el pastor concentró en ella. Diez y ocho años tiene Ángela; sesenta el padre, y en la reciprocidad de sus ternuras sobreviven los afectos de la madre, que murió al darle la vida á su hija.

**

Es la noche, que adivino fría y oscura, como táctica invitación al abrigo y al sueño, cuando el pastor dice á la zagala, echándose al hombro las mugrientas alforjas: —Dentro de dos horas me tiés aquí. Al cortijo voy; ya sabes que es muy temprano cuando lo cierran y que sonando las nueve no le abre á naide más que ar señorito. ¡El señorito!... ¡Pa mí que entre el señorito y el aperajo hay algo no mu gteno!

—¡Pue sé que no te engañes, padre!— exclama la zagala entre espantada y llorosa. Yan tres sábados, con este sábado, que se le orvida á Perico mandarnos el jato, y eso es poca memoria... ó mucho orvidá es eso...

Las últimas palabras las pronunció Ángela, encorvando su venusiano cuerpo para trasponer el umbral del chozo.

—¡Buen aduleo está Perico y buen canalla el hijo del amo! Con mejores sentros que ellos habrá muchos aloajos en los presidios, arrastrando caenas—arguyó el pastor—, mientras una sonrisa, mezcla de resignación y protesta, estersotipábase en sus labios.

Y clavando su mirada, á guisa de despedida, en el chozo, echó á andar hacia el cortijo, lenta, pensosamente.

**

Aún cree Ángela que resuenan en sus oídos los pasos de su padre. Ilusión suya es, que no verdad... Un aullido, prolongado y tristón, hiende incessante el espacio. Óyelo Ángela sin los temblores del miedo; á veces se incorpora en el duro cadalecho para escucharlo atenta... Campanero, pronto á exponer su vida en defensa de la dula, tiene puestas las orejas al aullar y los ojos clavados en el redil. Bien debe saber el lobo, que desde las abruptas vecinas envía al aire el soliloquio de su hambre, cómo las gusta Campanero. No hace muchas noches tuvieron un encuentro. Fue temprano; apenas el sol, trasponiendo el horizonte, se balcón incommensurable que separa lo limitado de lo infinito, balbuceó el adventimiento de la noche... Aún sangrabanle al lobo los desgarrones que hizo en su piel el collar que ciñe la musculosa garganta del mastín; casi ileso salió del combate Campanero.

Por otro nombre le conocen los pastores que hay en tres leguas á la redonda: *Matalobos*, le llaman. Como á hermano suyo quisiere la zagala; como á su mejor amigo, el pastor... Más que de amenaza, tienen visos de súplica los aullidos del lobo; acaso sean las punzadas de su dolor, y no los aguijonazos del hambre, lo que bocas desde los cabezos...

Arrebuñada en la mal zurcida capa que oficia de cobertor en el camastro pastoril, duerme Ángela. Un roncoteo ladrado del mastín la despierta. No será la proximidad del lobo serrano lo que denunciara los aullidos del perro; Campanero no es bravucón. Estremebimientos de diversa índole agitan el cuerpo de la zagala. Las más tristes ideas se atropellan en su cerebro; en violento torbellino. En la garganta repetíentle los latidos de su corazón soliviantado; aplasta su alma un recuerdo... Y á través de los lamentos coléricos del mastín, percibe confusamente el rumor del galopar de un caballo, y presa de una ansiedad infinita, salta trémula del cadalecho y adosa la oreja en la puerta del chozo. Escucha. Tiémblanle las piernas con los temblores del miedo... Cada vez resuenan más cerca las pisadas del caballo.

—¡El se... flo... ri... to!—barbota, súbito, temblándole la voz en los labios, como si pronunciara el nombre de la más terrible alimaña de la sierra. Y una palidez cadavérica hubo en la piel sérica de su rostro... Ella conocía los pasos del caballo; mejor la intención del jinete... Sabía de lo que era capaz. La había anunciado días antes que la iba á robar... que iba á ser suya todo el tiempo que él la deseara... Y temía por su

vida... por su honra... por el pan de su padre. Ella estaba dispuesta á sacrificar su vida primero que su honra, y el sacrificio, voluntario ó forzoso de su honra, era el asegurador de la colocación del viejecito; de lo contrario, la limosna sería con ellos; así se lo había dicho el señorito. Pensaba en esto y lloraba como se llora cuando las desgracias presentes ó futuras de un padre hacen presa en el corazón ó gravitan como pesada losa sobre la conciencia de su hijo...

Pero no; ella no debía llorar, no debía acobardarse; nunca se condeció el milano de los suplicantes arrullos de la tórtola; no es el lobo el que se apiada de los tiernos balidos de la oveja; siempre gustó al tigre ensañarse en su víctima inerme. Surgió súbito en su cerebro una idea, y exclamó, pusilánime, en un arranque de santa indignación: —Los lobos y los tigres sólo se amansan cuando tienen una bala dentro del cuerpo. Probemos. Y girando los ojos clavó sus miradas y después sus manos en la escopeta, que pendía de un clavo... Hay una pausa corta, muy corta, durante la cual nada se oye. A diez metros del chozo está inmóvil el caballo. Las sombras de la noche alcahustean á Campanero el jinete. Este, temeroso, síseale una caricia, á la que responde un amenazador refunfufo del mastín. Después se escucha una insinuadora exclamación de la zagala, y á poco un extraño relincho del caballo y el zaparrazo de un cuerpo que se cae. No había duda; Campanero, pronto al mandato de su dueña, había mordido al caballo. De poco sirvieron á éste sus esguinces y sus coces; los colmillos del mastín sintió cruzarse en su nalga, y echó á correr desenfrenado, loco de dolor y de furia... Impera un momento el silencio que subyuga á las grandes catástrofes. Ayes al parecer de muerte estremecen el silencio angusto de la noche; voces inarticuladas imploran socorro. La zagala escuchalos conmovida, y abandonando la escopeta—porque ello fué abandono, instintivamente considerado—, abrió de un cerrojazo y de par en par la portezuela, y salió. Sus ojos avizaban, piadosos, en la obscuridad... De pronto vio venir hacia ella, arrastrándose, un bulto de figura humana. Más que el jinete, parecía un monstruoso reptil herido... Resuenan triunfadores los ladridos del perro, que siguió al brioso corcel en su huida. Continúa, reptil el hombre, quejándose. Fingidos son sus dolores; cocodrileo su llanto. La zagala, heroicamente compasiva, adelanta hasta él, que se encuentra panza al suelo, simulando las convulsiones de la agonía, y al intentar asirle de un brazo para levantarlo, el señorito, el cocodrilo bimano, el hombre reptil, púsose en pie de repente, de un salto, como felino en acecho, esgrimiendo en su diestra un lindo puñal y jurándole hundirlo en su pecho si chistaba... En vano era que gritara; igual que forcejease; había venido por ella y sin ella no se iría. A dos leguas de allí estaba su otro cortijo; en él habrían de pasar la noche. Al día siguiente... cada mochuelo á su olivo... La lucha que siguió á tal perorata fué breve, pero titánica. Oyóse un violento crujir de enaguas que se rompen; llanto que reprime y ahoga una mordaza ó acaso una mano estranguladora... Sonó un beso, junto con un «¡ay!», mezcla de horror y agonía, fué expandiéndose en el viento hacia los abismos sin fondo de la lejanía brumosa. Después... el rumor de unos pasos que se alejan y el estertor de una vida que se extingue.

IV

Frente á frente se miran un momento el guardián de la dula y el matador de la zagala. Un ladrido áspere y tramante prolonga la intención del perro; después un embiste, uno sólo, y los dientes del mastín se cruzan en la garganta del señorito... Sonaron quejidos en la sombra, como estertores de bestia moribunda. La luna, asomándose, indiscreta, por el desgarrón de una nube, iluminó la mueca macabra del monstruo. Sonríela el mastín; después, sus ojos, donde se mezclaban tristuras y satisfacciones, se clavaron en el cielo...

CONTINENTE.

Palmas del Río.

UN VALIENTE

D. Fernando Lozano.

Inmensa alegría tuve al recibir nuevamente las incomparables DOMINICALES.

No se crea por eso que aquí haya parado un sólo momento de hacer propaganda librepensadora; y buena muestra es que en lo que va del año ya ha habido cuatro registros puramente civiles. ¿Ve como es verdad cuando le dije al inscribir civilmente mi primera hija hace cuatro años, que la sencilla de LAS DOMINICALES no se sembraba en terreno estéril? Aunque en ésta, como en muchas partes, haya repubblicanos hipócritas que su cobardía ó su egoísmo les priva de declarar la guerra á esa religión que tantas víctimas ha causado.

De mil armas se han valido los fanáticos clericales para querernos convertir; pero yo, siempre duro como el acero é inflexible como la roca.

Aunque haya quedado sólo en esta localidad, de suscriptor de un valiente semanario, la bandera del librepensamiento, no se arriará; al contrario, la pondré ó pondremos en el punto más alto del pueblo, para que sea el símbolo de la Libertad, de la civilización y del Progreso.

Injurié, se añádele que á mis compañeros librepensadores que me han seguido con actos, les he ofrecido las columnas de LAS DOMINICALES y mi escaso valer, caso de ser atropellados por esa hipócrita clarigalla, que á todo se atreve.

Recibí su libro del *Andino*; está muy bien; lo doy á leer á todos los que lo quieren; y será fácil que hagamos un pedazo.

Salud, República y Librepensamiento le desea su admirador y correligionario,

LUIS MATTEU.

Maroig (Tarragona), 21-VII-1909.

Por las mujeres de Eliche.

Querido Director:

Me ha encantado lo que usted ha publicado en el periódico sobre la conducta de las mujeres de Eliche, que saben cumplir los deberes de su clase asociándose y luchando por su emancipación mejor que la mayoría de los proletarios españoles.

Extiendo el testimonio de mi admiración á las bravas mujeres de San Vicente de Alcántara por el ejemplo de libertad de conciencia que ofrecen al mundo.

Afirmemos todos la Verdad por encima de todos los obstáculos, y salvaremos la sociedad.

¡Viva el Librepensamiento!

FRANCISCO MESTRE.

Masamagrell, 24 Julio 1909.

NOBLE SATISFACCION

Escuelas y no campanas.

Don Fernando Lozano: Fue tan grande la alegría que me produjo la reaparición del periódico...

MARCELINO SANEL

Habana, 12 Julio 1909.

CHRISTIAN DAM

Los Sucesos, semanario de Lima, al publicar la caricatura del indomable anciano Christian Dam...

Honramos este número con la sugestiva caricatura del doctor Christian Dam...

González Prada y Christian Dam! Estos nombres se confunden en una nobilísima aspiración...

El maestro, como edificadamente le llamamos sus discípulos, es la potencia intelectual que honra a la América...

Christian Dam es el luchador infatigable que salma al enemigo común con pluma avasalladora...

Nosotros sabemos de estos virtuosos toda una vida de altruismo, consagrada a sembrar el bien...

Son los hombres sin mácula, los redentores de la ignorancia y del error.

Ellos, con sus obras y propaganda racionalista, han hecho más por la Patria que nuestros políticos en el Poder.

«Horas de luchas», «Páginas libres», «Presbiterianas» y «Los Faros», de González Prada, y «El dogma de la libertad de conciencia», «El Libro Pensamiento»...

«Horas de luchas», «Páginas libres», «Presbiterianas» y «Los Faros», de González Prada, y «El dogma de la libertad de conciencia», «El Libro Pensamiento»...

Al descubrirnos respetuosamente ante estos bienhechores del Perú, queremos dejar sentado que sentimos por ellos el más sincero afecto y admiración.

EN CHILE

¿Por qué hay allí terremotos sociales?

La sociedad chilena se ve agitada con frecuencia por movimientos sociales que cubren las calles de cadáveres y lo simulan todo de horror.

¿Por qué?

Lo explica un sencillo documento publicado en nuestro querido colega La Ley, de Santiago.

Nombra a un abaciano, maestro lleno de merecimientos, consejero de instrucción primaria, y el anciano contesta:

Santiago, Junio 16 de 1909.—Señor Ministro: He tenido el honor de recibir del Ministerio de V. S. una comunicación...

Agrediendo a V. S. tal designación, hecha en un simple maestro de escuela, me permito exponerle que los achaques de mi vejez...

Sarro en la boca y en la lengua, falta de apetito, falta de sueño y sequedad de cuerpo, etc., son los males que más me mortifican.

Tengo, además, otro inconveniente para no poder concurrir: la falta de ropa, esto es, de la decencia necesaria para poder presentarme ante mis colegas...

Una nación que retribuya así al maestro, órgano de la Verdad, y prodiga el oro para pagar al arzobispo y a los obispos, órganos de la Mentira...

¡Qué vergüenza para Chile esa comunicación!

AVIACION

Una carta de Victor Hugo.

En una visita que recientemente hizo M. Francisco Peiret, redactor de L'Auto, al veterano Nadar, éste le manifestó su profunda alegría...

La carta de Victor Hugo dice así: «Os aplaudo por la idea y por el acto; sois el hombre que por un objeto científico, con algunos compañeros valerosos...

«Os aplaudo por la idea y por el acto; sois el hombre que por un objeto científico, con algunos compañeros valerosos y una intrépida compañera, habéis intentado (en 19 de Octubre de 1863) una experiencia de las más audaces...»

«Vuestro intento borra del mapa el batiburrillo de pueblos despeizados en harapos que se llaman Imperios y reinos, y el mapa-mundi quedará azul como el mar y como el cielo...»

«El globo está juzgado y condenado; pero con una reserva importante, porque cuando preexistía la dirección, el globo puede ser útil, y si el viento se encarga del itinerario, si el soplo es el piloto, el globo, por su ligereza específica, es un navio muy conveniente...»

«Ser arrancado del suelo como una hoja muerta y sentirse arrastrado en un torbellino, no es volar. Se trata de volar y de volar con alas...»

«¿Qué será la navegación aérea? Será la rotura de los lazos que ahogan a la Humanidad. El hombre está atado desde hace seis mil años por el corte violento del nudo gordiano...»

«¿Qué será la navegación aérea? Será la rotura de los lazos que ahogan a la Humanidad. El hombre está atado desde hace seis mil años por el corte violento del nudo gordiano, que ha sido hasta ahora el procedimiento bestial y miserable de civilización...»

«Poned al hombre en posesión de la atmósfera, y el lazo de las tinieblas se deshará por sí mismo...»

«Armínio, libró a la Germania; Pelayo, a España; Wasa, a Suecia; Washington, a la América del Norte; Bolívar, a la América del Sur; Botzaris, a la Grecia; Garibaldi, a Italia, y Polonia en este momento lucha por su libertad...»

«Sondead la palabra «pesantez» y veréis en ella la causa de las supersticiones y de las vallas...»

«La filosofía había llegado a tal reducción de la materia, que decía por boca de Zenón: «Dolor, tú no existes! Ahora la ciencia va a exclamar: «Pesantez, tú no existes! Y nada puede haber más grande...»

«El hombre perfectible entra en lo desconocido y todos los latidos de nuestro corazón van con él, porque el aire tendrá su Vaso de Gama y será doblado otro Cabo de las Tempestades...»

«Los que leáis esto, ¿qué veis al levantar la cabeza? Nubes y aves, que son los dos sistemas en presencia y en plena función; la nube es el globo y el ave es el helicóptero...»

«¿Qué representa la dirección del aerostato? Es la supresión inmediata, absoluta, instantánea, universal, en todas partes y para siempre, de las fronteras...»

«¿Qué representa la dirección del aerostato? Es la supresión inmediata, absoluta, instantánea, universal, en todas partes y para siempre, de las fronteras...»

«¿Qué representa la dirección del aerostato? Es la supresión inmediata, absoluta, instantánea, universal, en todas partes y para siempre, de las fronteras...»

«¿Qué representa la dirección del aerostato? Es la supresión inmediata, absoluta, instantánea, universal, en todas partes y para siempre, de las fronteras...»

«¿Qué representa la dirección del aerostato? Es la supresión inmediata, absoluta, instantánea, universal, en todas partes y para siempre, de las fronteras...»

«¿Qué representa la dirección del aerostato? Es la supresión inmediata, absoluta, instantánea, universal, en todas partes y para siempre, de las fronteras...»

«¿Qué representa la dirección del aerostato? Es la supresión inmediata, absoluta, instantánea, universal, en todas partes y para siempre, de las fronteras...»

«¿Qué representa la dirección del aerostato? Es la supresión inmediata, absoluta, instantánea, universal, en todas partes y para siempre, de las fronteras...»

«¿Qué representa la dirección del aerostato? Es la supresión inmediata, absoluta, instantánea, universal, en todas partes y para siempre, de las fronteras...»

«¿Qué representa la dirección del aerostato? Es la supresión inmediata, absoluta, instantánea, universal, en todas partes y para siempre, de las fronteras...»

«¿Qué representa la dirección del aerostato? Es la supresión inmediata, absoluta, instantánea, universal, en todas partes y para siempre, de las fronteras...»

era en verano, y pasó en las nubes, por encima de nuestras cabezas, un globo que acababa de elevarse en el Campo de Marte; era majestuosa su rotundidad, dorada por el sol naciente...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

«Este es el huevo que pasea esperando al ave; pero el ave va dentro y logrará salir.» Arago me cogió ambas manos, fijó en mis sus luminosas pupilas y exclamó: «Ese día, Geo se llamará Demos»...

dos métodos: ó el navio antiguo, que es el globo, ó el buque moderno, que es el helicóptero.

Contra pereza, diligencia.

A mi hijo Vidal.

Con que, ¿tú también, gorgojo, quieres que papá te cuente un cuento?

No te basta ya con oírme cantarrear: Al niño que es bueno y da su lección, la mamá lo lleva a la Exposición (1); y al niño que es malo y desaplicado, taita Dios lo vuelve tuerto y jorobado.

No te aflijas, filigranita de oro, que para tí tengo todo un almacén de cuentos. Allí va uno, y qué te aproveche como si fuera lacha.

Pues has de saber, hijito, que cuando Nuestro Señor Jesucristo vivía en este mundo pecador, desfaciendo entuertos, redimiendo Magdalenas, que es buen redimir, desennascorando a pícaros é hipócritas, que no es poco trajín, haciendo cada milagro como una torre Eiffel, y anda, anda y anda en compañía de San Pedro, tropezó en su camino con una herradura mohosa, y volviéndose al apóstol, que marchaba tras de su divino Maestro, le dijo:

«Perico, recoge eso y échalo en el morral.»

San Pedro se hizo el sueco, murmurando para su tónica: «Pues hombre, vaya una ocurrencia! ¡Facilito es que yo me agache por un pedazo de hierro viejo!»

El Señor, que leía en el pensamiento de los humanos, como en libro abierto, leyó esto en el espíritu de su apóstol, y en vez de reiterarle la orden, echándole de jefe y decirle al muy zamacuco y plebeyote pescador de anchovetas que por agacharse no se le había de caer ninguna venera, prefirió inclinarse él mismo, recoger la herradura y guardarla entre la manga.

En esto llegaron los dos viajeros a una aldea, y al pasar por la tienda de un albañil ó herrador, dijo Cristo: «Hermano, ¿quieres comprarme esta herradura?»

El albañil la miró y miró, la golpeó con la uña y convencido de que á poco méjar en el yunque la pieza quedaría como nueva, contestó: «Doy por ella dos centavos, ¿acomoda ó no acomoda?»

«Venga el cobre—repuso lacónicamente el Señor.»

Pagó el albañil y los peregrinos prosiguieron su marcha.

Al extremo de la aldea salieron al encuentro un chiquillo con un cesto en la mano y que preguntaba: «¡Cerezas! ¿A centavo la docena!»

«Dame dos docenas—dijo Cristo. Y los dos centavos, producto de la herradura, pasaron á manos del muchacho, y las veinticuatro cerezas, con más de una gamba, se las guardó el Señor entre la manga.»

Hecho á la sazón un calor de infierno, que diz que es tierra caliente y de achicharrar un témpano, y San Pedro, que caminaba siempre tras del Maestro, iba echaando los bofes, y habría dado el oro y el mare por una poca de agua.

El Señor, de rato en rato, metía la mano en la manga y llevaba á la boca una cereza; y como quien no quiere la cosa, al desmenuido, y con cuidado, dejaba caer otra, que San Pedro sin hacerse el ramolón, se agachaba á recoger, engulléndosela en el acto.

Después de aprovechadas por el apóstol hasta media docena de cerezas, sonrióse el Señor y le dijo: «Ya lo ves Pedro; por no haberte agachado una vez, has tenido que agacharte seis. Contra pereza, diligencia.»

Y cata el porqué desde entonces una herradura en la casa trae la felicidad y Grito, ohitó que aquí el cuento finiquitó.

RICARDO PALMA.

(De Tradiciones peruanas.)

Librepensamiento en acción.

Gran entierro civil en Casarías.

D. Fernando Lozano:

Hoy, con una enorme concurrencia, se verificó el entierro civil del que fué muy querido joven, de diez y ocho años de edad, Emilio Ruiz Fierro, hijo del consecuente republicano D. José Ruiz Rodríguez, ex concejal de este Ayuntamiento, persona muy querida en esta capital, no sólo de los republicanos, si que también de sus

Hoy, con una enorme concurrencia, se verificó el entierro civil del que fué muy querido joven, de diez y ocho años de edad, Emilio Ruiz Fierro, hijo del consecuente republicano D. José Ruiz Rodríguez, ex concejal de este Ayuntamiento, persona muy querida en esta capital, no sólo de los republicanos, si que también de sus

Hoy, con una enorme concurrencia, se verificó el entierro civil del que fué muy querido joven, de diez y ocho años de edad, Emilio Ruiz Fierro, hijo del consecuente republicano D. José Ruiz Rodríguez, ex concejal de este Ayuntamiento, persona muy querida en esta capital, no sólo de los republicanos, si que también de sus

Hoy, con una enorme concurrencia, se verificó el entierro civil del que fué muy querido joven, de diez y ocho años de edad, Emilio Ruiz Fierro, hijo del consecuente republicano D. José Ruiz Rodríguez, ex concejal de este Ayuntamiento, persona muy querida en esta capital, no sólo de los republicanos, si que también de sus

Hoy, con una enorme concurrencia, se verificó el entierro civil del que fué muy querido joven, de diez y ocho años de edad, Emilio Ruiz Fierro, hijo del consecuente republicano D. José Ruiz Rodríguez, ex concejal de este Ayuntamiento, persona muy querida en esta capital, no sólo de los republicanos, si que también de sus

Hoy, con una enorme concurrencia, se verificó el entierro civil del que fué muy querido joven, de diez y ocho años de edad, Emilio Ruiz Fierro, hijo del consecuente republicano D. José Ruiz Rodríguez, ex concejal de este Ayuntamiento, persona muy querida en esta capital, no sólo de los republicanos, si que también de sus

Hoy, con una enorme concurrencia, se verificó el entierro civil del que fué muy querido joven, de diez y ocho años de edad, Emilio Ruiz Fierro, hijo del consecuente republicano D. José Ruiz Rodríguez, ex concejal de este Ayuntamiento, persona muy querida en esta capital, no sólo de los republicanos, si que también de sus

Hoy, con una enorme concurrencia, se verificó el entierro civil del que fué muy querido joven, de diez y ocho años de edad, Emilio Ruiz Fierro, hijo del consecuente republicano D. José Ruiz Rodríguez, ex concejal de este Ayuntamiento, persona muy querida en esta capital, no sólo de los republicanos, si que también de sus

Hoy, con una enorme concurrencia, se verificó el entierro civil del que fué muy querido joven, de diez y ocho años de edad, Emilio Ruiz Fierro, hijo del consecuente republicano D. José Ruiz Rodríguez, ex concejal de este Ayuntamiento, persona muy querida en esta capital, no sólo de los republicanos, si que también de sus

Hoy, con una enorme concurrencia, se verificó el entierro civil del que fué muy querido joven, de diez y ocho años de edad, Emilio Ruiz Fierro, hijo del consecuente republicano D. José Ruiz Rodríguez, ex concejal de este Ayuntamiento, persona muy querida en esta capital, no sólo de los republicanos, si que también de sus

Hoy, con una enorme concurrencia, se verificó el entierro civil del que fué muy querido joven, de diez y ocho años de edad, Emilio Ruiz Fierro, hijo del consecuente republicano D. José Ruiz Rodríguez, ex concejal de este Ayuntamiento, persona muy querida en esta capital, no sólo de los republicanos, si que también de sus

Hoy, con una enorme concurrencia, se verificó el entierro civil del que fué muy querido joven, de diez y ocho años de edad, Emilio Ruiz Fierro, hijo del consecuente republicano D. José Ruiz Rodríguez, ex concejal de este Ayuntamiento, persona muy querida en esta capital, no sólo de los republicanos, si que también de sus

mismos adversarios, por su carácter afable, rectitud y honradez intachable.

Componían el duelo, además de los parientes del finado, todos los buenos republicanos, los concejales y el alcalde republicano D. Juan María Ballester y Remón, siendo una verdadera manifestación de duelo y una protesta contra la odiosa Iglesia romana.

En esta capital van cada vez más propagándose las ideas anticatólicas, pues son muy numerosos los actos civiles que se celebran, quedando la iglesia con el apoyo de unas cuantas solteronas desocupadas.

Prometo darle á conocer en lo sucesivo todos los actos civiles que se celebren en ésta. Salud y República laica.

ADRIÁN JAVOIE BENÍTEZ.

Santa Cruz de Tenerife, 22 Julio 1909.

D. Fernando Lozano:

Se ha celebrado en ésta, el 25 de Julio, el casamiento civil de los librepensadores Enrique Gil González y Felisa Nieto Tejero, siendo los testigos el que suscribe y Rafael Carmona Muñoz.

De casa del novio salió la comitiva para el Juzgado, precedida de música, en medio de un gran entusiasmo, abundando en el acompañamiento el sexo femenino.

A la salida del Juzgado se dieron vivas al casamiento civil; al Librepensamiento y á los nuevos contrayentes, que con la firmeza de jóvenes convencidos dieron el sí de su nuevo matrimonio en el Juzgado.

Los librepensadores elogiamos al juez y al secretario por haber desempeñado con severa integridad su deber.

Jóvenes herretos: ¡A no dejar el camino! ¡Apartarse de las tinieblas! ¡Venid á la luz!

ANTONIO MERAL.

Herrera, 29 Julio 1909.

Estimado D. Fernando: El 12 de Mayo de 1909 nació aquí una robusta niña, hija de los ciudadanos librepensadores Agapito Martínez Varela y Consuelo Nilo, vecinos de la parroquia de Angoares (Puenteáreas), la cual fué inscrita civilmente en este Juzgado con el nombre de Electra.

Los padres son los mismos de que en otra ocasión le hablé, dándole cuenta de la inscripción de un niño con el nombre de Giordano, el cual murió y fué enterrado civilmente.

Este valiente matrimonio ha sido el que primero se ha quitado la venda de la fe; todo producto de LAS DOMINICALES, y sigue con paso firme la marcha del progreso que las mismas le han enseñado.

Así que le suplico se sirva publicar en su valiente semanario dicha inscripción, como crea más conveniente.

Quedando de usted afectísimo seguro servidor,

JOSÉ MARÍA SEBASTIANI.

Puenteáreas, 26 Julio 1909.

Grande honor es para ese matrimonio afirmar la Verdad en medio del imperio del Error. Por eso brilla su conducta como brilla el sol después de dominar y apagar las nebruras de la noche.

Cuesta, es verdad, mucho, en medio del fariseísmo reinante, ostentará á plena luz sus creencias. Los cobardes y los hipócritas se sienten como ofendidos y deprimidos al ver que hay quien tiene la virtud que les falta á ellos. Pero lo que mucho vale, mucho cuesta.

La Fama, con su trompeta, transmitirá el nombre de ese valiente matrimonio á las generaciones venideras en aquella comarca. (N. de la R.)

Dando alto ejemplo de firmeza de convicciones, doña Angela Villanteva ordenó que su cadáver se enterrase civilmente.

Así ha sido cumplida su voluntad al fallecer en Valladolid, donde tantas simpatías tenía tan excelente señora como su familia, á la cual enviamos, y especialmente á su hijo D. Jacinto, la expresión de nuestro sentido pésame.

El viernes 6 del corriente se verificó en Onís el entierro civil del que en vida se llamó Demetrio Remis Rubio, primer teniente alcalde que fué y juez de aquel término.

Hizo testamento y en él encargó á su esposa que se cumpliera su última voluntad, de que no se permitiera á la Iglesia ni alguna intervención en su entierro, y rechazó con valentía los auxilios de las alimañas y aves de rapiña, siendo hasta el fin un ciudadano firme y convencido.

Su inhumación se verificó en el inmediato pueblo de La Robellada, por no haber cementerio civil en Benía, capital del concejo, donde residía.

Es éste el primer acto que allí se ha celebrado y ha dejado honda impresión.

Concejales y hombres libres de Onís: ¡A obligar al alcalde á que construya cementerio civil! ¡La ley os ampara y á él le obliga á construirlo!

Es un grande honor para el pueblo de Onís como para la familia del Sr. Remis ser los primeros en haber plantado en aquella comarca la bandera de la emancipación de la conciencia, siguiendo los pasos de los grandes libertadores españoles como Pi y Margall y Salmerón.

Añadamos un aplauso especial á una nieta del finado, hija del Sr. Escardón, que cuando algunos vacilaban puso en la balanza su resolución inflexible para que se cumpliera la voluntad de su abuelo.

Imprenta de Estanque Raso, Independencia, 2.